

Teresa de Avila y América: presencia y compromiso

EN EL CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE
1582-1982

Escribe: GRACIELA MESA GONZALEZ (c. d.)

Todo hombre se define, actúa y se proyecta desde su más determinante realidad. Desde su constitutivo esencial. Al abordar cualquiera de los aspectos que dicen relación con Santa Teresa, tenemos que partir de su misma definición esencial. Teresa de Jesús es una mujer, una cristiana, una santa cargada con la inmensa mole de un carisma-misión que sigue siendo acontecimiento y punto de referencia para quien quiera que se interne por los caminos que conducen a su personal realización.

Teresa de Jesús, su carisma-misión, se colocan entre las realidades de abolengo divino que la fecundidad del Espíritu ha sembrado con prodigalidad en el suelo eclesial y como presencia actuante de su dinamismo a lo largo de la historia humana. Como tal, Teresa de Jesús comparte las notas que distinguen a la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad. Por eso, dentro de la Iglesia, para la Iglesia y para la humanidad, seguirá siendo a través de su testimonio de vida y de su magisterio, presencia viva y palpitante de la realidad humano-divina de la Iglesia.

El tema es fascinante. Vastísimo, de claridad meridiana. Pero como solo quiero presentar algunas notas sobre la relación Teresa-América, voy a pasar al tema sabiendo que esta relación no se explica jamás sin dejar muy claro que su suelo natal y su alimento no son otros que la eclesialidad sentida, vivida y hecha concretez en la persona y en la obra de Teresa de Jesús.

Sé perfectamente que este ensayo solo es eso: un ensayo, ya que para un estudio completo carezco de la documentación del caso. Ofrezco los datos que he recogido teniendo en cuenta las dos líneas maestras de la realidad "Teresa de Jesús", puesto que en torno a ellas se agrupan todos los valores teresianos: **Humanismo** y **Oración**. Y es que, al parecer, por estos dos cauces se precipita hacia América el torrente de vida que es Santa Teresa.

I — HUMANISMO

Situación histórica

Siglo XVI con su carga de historia, con su enorme peso de trascendencia universal, con toda la resonancia de los acontecimientos que lo atraviesan como escenario de fuertes convulsiones en todo orden y como siglo de transición entre dos edades del mundo. Siglo de la presencia de América, del Concilio de Trento, siglo de reforma y de renovación, de ruptura de la unidad eclesial europea, siglo de la evangelización del nuevo mundo. Siglo de grandes amigos-testigos de Dios: Teresa, uno de ellos.

La importancia excepcional del siglo XVI tiene especial repercusión en España y se traduce en gloria como descubridora del Nuevo Mundo; en clima de epopeya, en fiebre de conquista, de gloria, de hazañas, de ilusiones, de fascinación ante aquella "Castilla de Oro", de la que cada armada que regresa lleva relatos cada vez más fabulosos que encienden el fuego de la aventura en unos y el fuego evangelizador en otros, además de la hoguera de intereses bastardos en muchos. Una lectura atenta de la historia y de la célebre Legislación de Indias promulgada por los reyes católicos ilustra magníficamente esta doble cara de la conquista: gesta sacra por una parte, y rapiña de pícaros por otra.

Avila de los caballeros es un punto de incandescencia conquistadora. Muchos de sus nobles han cruzado los mares y han retornado nimbados de gloria y cargados de oro. Tal, el noble Gil González Dávila, quien vuelve con 14.000 pesos y 6 estatuas de oro, regalo del cacique Nicoya. Las hazañas de Pizarro y Cortés despiertan una gigantesca ambición conquistadora en la juventud avilesa: muchos caballeros se alistán empujados por el sentimiento de orgullo nacional y al mando del grito de la fe.

Entre los círculos juveniles de Avila hay uno que preside la joven Teresa de Cepeda y Ahumada: sus siete hermanos, sus primos y algún pariente más... Es ella quien "les sustenta plá-

tica" en torno a los libros de caballería, y sin duda alguna, en torno a los relatos que llegan del mundo de Colón. Se comenta con júbilo el viaje de su vecino, amigo y algo pariente, Don Blasco Núñez Vela, en calidad de primer Virrey del Perú. Con él han zarpado muchos nobles. Con Don Blasco empieza a trasladarse a América algo de Teresa: un afecto, una preocupación, la posibilidad de soñar y una exigencia oracional. Y el pequeño grupo se contagia de hambre de conquista...

1532. Teresa es una belleza de 17 años que hace de ama de casa y de consuelo de Don Alonso Sánchez de Cepeda llenando el vacío que la muerte de Doña Beatriz ha dejado en el hogar. Es Teresa quien comparte con su padre la pena de ver marchar a América uno a uno a varios de sus hermanos y muy probablemente es ella quien debe preparar los lujosos ajuares y engalanar con cariño de hermana y con gusto femenino a cada héroe. El primero es Hernando, el hermano mayor, de 22 años, rumbo al Perú; lo sigue Rodrigo, el compañero de gestas infantiles y de ansias contemplativas; ciertamente Rodrigo va a formar parte de la más brillante expedición que saliera de España rumbo al Río de la Plata; pero es un hecho: ¡Rodrigo se va! Quizá ante esta partida se conjugan a la vez el orgullo de hermana y el renacer del ansia conquistadora de Teresa sentida como exigencia vital y como inseparabilidad afectiva. Lo importante para nuestro caso es que con Rodrigo, América se convierte en algo íntimo, querido, inseparable de Teresa; y empieza también a entrar en este acontecimiento místico como algo muy suyo.

El 5 de noviembre de 1540, en una expedición rumbo al Perú, marchan Lorenzo y Jerónimo, de 21 y 20 años, respectivamente; en 1543 se aleja Pedro con dirección al Centro y Norte de América. Tiene 22 años. Dos años más tarde ya encontramos en Pasto—Colombia— a Antonio, de 25 años. Y al año siguiente se embarca Agustín, de 19 años, con destino a Chile. Todos estos sucesivos desprendimientos hacen de América una realidad que se inscribe fuertemente en la intimidad afectiva y orante de Teresa. América es ahora para ella "sus hermanos". Cada uno ha traído al Nuevo Mundo el tesoro de una ternura que no los desampara; muchos consejos y recomendaciones y muchas reliquias, rosarios e imágenes, prendas de protección y de éxito. Teresa oyó una misa y comulgó por cada hermano. Era costumbre siempre que algún familiar salía para América. Y, ya monja, hace una peregrinación al santuario de Guadalupe, obligado lugar de visita de

reyes y conquistadores. Allí oró por sus hermanos. Allí vio rarezas traídas por los conquistadores. A los pies de la Virgen admiró los presentes de Cortés en agradecimiento a la Señora, etc., etc....

Los hermanos de la santa

Imposible trazar un perfil biográfico de cada uno de los hermanos de Santa Teresa. Aunque el primer capítulo de la autobiografía teresiana nos entrega el trasfondo de lo que puede ser común a todos ellos en materia de formación moral y de principios cristianos, no podemos suponerlos exentos de ciertos elementos que entran como integrantes de la vida aventurera de los conquistadores. Eran jóvenes que se internaban por caminos fácilmente resbaladizos cuando no torcidos. Es la eterna preocupación de la santa a lo largo de su correspondencia: "No sé nada de Hernando". "No me dice nada de Agustín". "No sé cómo irá Agustín en las cosas de su alma"... No le gusta que anden de una parte a otra; se alegra inmensamente cuando sabe que Lorenzo ha entrado a pie firme por el camino de la verdad; les envía cartas y recados, y hace que sus amigos religiosos que viajan a Indias se constituyan en consejeros de sus hermanos. Por medio de ellos pide amparo del Virrey para sus queridos hermanos, y al saberlos objeto de la confianza de las autoridades reales y en el desempeño de cargos honrosos, es visible su satisfacción.

Teresa siguió la brillante trayectoria militar y administrativa de los Cepeda y Ahumada en América: a Hernando como participante en las conquistas de Puerto Viejo, Guayaquil, Quito, Quijos, Pasto y Quillacinga; en su lealtad a Blasco Núñez Vela contra Pizarro; en su nombramiento como Alférez Real después de la batalla de Añaquito; y una vez radicado en Pasto, en sus honrosos títulos de Regidor Perpetuo. Lugarteniente de Justicia Mayor y Juez de Residencia, y Visitador por su Majestad, el cargo más honorífico de Pasto.

Asiste con Rodrigo a la fundación de Buenos Aires; recorre con él los territorios de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay y está presente en la fundación de Asunción; alienta su coraje y su lealtad al Rey en Añaquito como en otro tiempo lo alentó a la lealtad a Dios y a la conquista del cielo y recoge el último suspiro de este hermano de sueños y de heroísmos infantiles en el fragor de la lucha contra los indios araucanos, y cubre su cadáver con la gloria de las conquistas y con la corona del martirio.

Sigue también el azaroso viaje de Lorenzo y Jerónimo, obligados a desembarcar en Buenaventura y a internarse por Cali, Popayán y Pasto, rumbo a Quito. Sostiene su valor contra Pizarro en Añaquito. Es precisamente Lorenzo el depositario del sello real al caer herido Blasco Núñez, y su lealtad es premiada otorgándoles sendas encomiendas de indios. Quizá el mismo Lorenzo participa a su hermana sus sucesivos nombramientos: Regidor del Cabildo de Quito y Tesorero de las Cajas Reales, Juez de Residencia y Justicia Mayor de Loja, Cuenca y Zamora; y cuánto goza al saberlo lleno de compasión para con los indios a quienes reconoce su dignidad de hombres y prohíbe que en su encomienda se les utilice como acémilas transportadoras de pesadas cargas. Como ejecutora del testamento de Lorenzo, la santa debe cumplir la manda consignada allí: "100 misas rezadas por los infieles indios, especialmente por los de mi encomienda". El oro americano que alivió tantos apuros económicos de los parientes en España lo mismo que de la Fundadora "sin blanca" en las alforjas, procede de la generosidad de Lorenzo, quien, de nuevo en España, se coloca bajo el magisterio espiritual de Teresa, entra como benefactor de la incipiente reforma carmelitana y le hace el regalo de la primera carmelita americana en la persona de Teresita, su hija.

No todo es triunfo: en Añaquito cae Antonio en el fragor de la pelea con la consecuente repercusión en el corazón de Santa Teresa. Y, además ¡el pobre Pedro! La santa lo sigue por Panamá, Centro América, Florida, y luego como Regidor y Mayordomo del Hospital de la Madre de Dios en Pasto y participante en algunas pacificaciones y conquistas. Pedro vuelve a España: hombre melancólico, de difícil convivencia, es tratado con cariño compasivo y gran energía por la santa.

Jerónimo fue también un valiente y un leal de los Virreyes Núñez Vela y La Gasca en Añaquito y Jaquijauna, respectivamente. Tuvo a su cargo las Cajas Reales de Quito en calidad de Tesorero y tomó parte también en algunas pacificaciones y conquistas. Con permiso de Felipe II regresó a España con Lorenzo y Pedro. La santa lo espera alborozada, pero no lo verá ya más: el Señor se lo lleva al llegar a Panamá. "Mi Jerónimo", lo llama Teresa; es ella quien da la noticia de su fallecimiento: "...en el nombre de Dios murió el buen Jerónimo de Cepeda como un santo".

La oración y los desvelos de Santa Teresa fueron ininterrumpidos en torno al benjamín de las familias: Agustín. Valiente e inquieto. Queda inmortalizado en los poemas que cantaron la gesta de la araucanía:

*“Envueltos de coraje en blanca espuma
están los dos Guzmanes y Ahumada”*

(Pedro de Oña. Arauco vencido)

En una de las 17 batallas en que triunfó Agustín, cayó Rodrigo. Fue uno de los fundadores y alcalde de Cañete. Va y viene de Perú a Chile; el Virrey Francisco de Toledo lo nombra miembro de su Consejo de Guerra. Pelea contra el inca Túpac Amaru. Llega a La Plata y es nombrado Visitador de los indios de Charcas y de Lima. En premio a sus servicios es nombrado Gobernador de Quijos, Sumaco y La Canela. Lo encontramos luego en Quito preparando una expedición en busca de “EL DORADO”. Es duro con los indios: acusado de exacciones contra ellos, es apresado en Quito y luego absuelto. De los hermanos de Santa Teresa es Agustín el tipo del conquistador y el que más preocupa a la santa: “No sé cómo va en las cosas de nuestro Señor”... “...aún no es casado y hoy está en un cabo y mañana en otro”... “Está mi hermano en donde tiene peligro su salvación. Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle?”.

Fue grande la ambición de Agustín: no contento con los honores recibidos viajó a España a solicitar personalmente del Rey mayores favores. Felipe II lo nombró Gobernador de Tucumán. Regresa satisfecho a América, pero también con una tremenda inquietud interior: “Hermano mío, no tome oficio en Indias, porque me ha revelado nuestro Señor que si lo toma y muere en él, se condenará”. Ante esta revelación recibida, la santa se pone a negociar la salvación de Agustín. Atacado de una fiebre mortal, muere en Lima antes de tomar posesión de su Gobernación. La presencia de la santa a la cabecera del moribundo es atestiguada por el P. Luis de Valdivia en los procesos para la canonización de la santa, asegurando que ella negoció la muerte y la salvación de su hermano.

Parientes, amigos, confesores

Fueron también un nexo entre la santa y el Nuevo Mundo. Entre ellos: el Capitán Cepeda, primo de Teresa, célebre por sus

proezas y por su lealtad al Rey; Francisco Pérez de Godoy, novicio jesuita, pariente también: la santa lo distinguió entre los 40 mártires de una tripulación evangelizadora, gracias a un favor extraordinario del Señor.

La labor apostólica de San Luis Beltrán es seguida con la oración y el recuerdo agradecido de Teresa. Pero está sobre todos Fray García de Toledo, su entrañable amigo, su confesor y consejero, una de las figuras más gratas en el itinerario teresiano. La santa lamentó sinceramente su ausencia, pero aprovecha su influencia cerca del Virrey del Perú en favor de sus hermanos y los encomienda a su cuidado: "Con el Padre Fray García de Toledo, que es sobrino del Virrey —persona que yo echo harto de menos para mis negocios—, podrá vuestra merced tratar. Y si hubiere menester alguna cosa del Virrey, sepa que es gran cristiano el Virrey y fue harta aventura querer ir allá".

Muchos avileseos conocidos de la santa pasaron a América. Algunos de ellos desfilan por la correspondencia teresiana en calidad de correos entre ella y sus hermanos. Y le llevan los encargos y el oro. A medida que la santa va siendo noticia en Indias por su santidad de vida, muchos misioneros empiezan a poner su labor apostólica al amparo de su oración contemplativa, y de regreso a la patria van al monasterio de San José a templar su celo misionero en diálogos con la Madre Teresa. Todo esto va estimulando en ella la gestación del irresistible misionerismo teresiano y va haciendo que la realidad de Indias entre en forma determinante en su carisma fundacional.

¡Las Cartas!

Lástima que los hermanos Cepeda y Ahumada no las hubieran conservado. Debieron ser muchas las que les escribió la santa. Las pocas que nos quedan dejan leer el interés creciente de Teresa por América y el enriquecimiento de sus conocimientos sobre Indias. A América llega la primera participación de su proyecto de Reforma; y América se la agradece por conducto de Don Lorenzo enviándole oro para la fábrica del primer Carmelo teresiano. El hecho emociona a Mons. Pólit: "Con oro americano, producto del trabajo y de los sudores de los indios ecuatorianos se dio comienzo a una obra, toda ella de amor de Dios". Así habla Teresa: "Señor mío, ¿cómo me mandáis cosa que parece imposible? ...Atada por tantas partes, sin dinero ni de dónde los

tener ni para breve ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?... Comienza la edificación "sin una blanca, y el Señor, por maneras que se espantaban los que oían, me proveyó" (V. 32, 12).

En aguda expresión del Dr. Darío Echandía, "Santa Teresa ha debido ser el Ministro de Hacienda de Felipe II". Y también el de comunicaciones: a ella llega el correo: ella es quien reparte las cartas y da las noticias; ella recibe las encomiendas y hace los repartos con exquisita delicadeza y con gozo sentido. Ella está al tanto de las fechas de salida de las armadas para tener listos los envoltorios; habla con mercaderes; sabe los precios del oro y en dónde y quién se lo vende mejor. Y son sus cartas las que recogen la gratitud y las razones y noticias de toda la familia. Todo esto se junta a su capacidad de admiración de la belleza natural para hacerla sentir feliz en su celda de Sevilla: Desde ella ve la llegada y la partida de las armadas a América, y con las naves atraviesa el océano el ansia evangelizadora de esta contemplativa y se embarca el cariño fraterno de esta hermana de conquistadores. Cuando no está en Sevilla, todo esto se resuelve en urgencia de información: si llegó la armada; si vinieron cartas; si vino fulano, y qué trajo, etc.... Con la Madre, y a través de ella, son todas las carmelitas quienes van entrando en la relación Teresa-América. Todas saben todo. Y recibe dos aspirantes sin dote por el feliz regreso de Lorenzo, Jerónimo y Pedro.

Con el regreso de Lorenzo y sus tres hijos se abre otro capítulo precioso de las relaciones humanas de Teresa, a nivel de familia y a nivel de América. Sigue el itinerario del viaje: "Ya están en Sanlúcar". "En nombre de Dios murió Jerónimo... Viene Pedro". "Vinieron mis hermanos en esta flota. Lorenzo, el que más quiero"... Sus sobrinos Lorenzo, Francisco y Teresita, nacidos en Quito, constituyen quizá la primera presencia de América ante Teresa de Jesús: con el beso de Santa Teresa sobre las frentes infantiles de estos quiteños, América recibe toda una herencia espiritual y la fuerza de un carisma llamado a fecundar las entrañas generosas y vírgenes de un continente virgen.

Teresita, la primera carmelita americana es formada personalmente por la santa; es una carmelita de ocho años, toda ella alegría y novedad para el Carmelo: "La Teresa... harto bonita y hermosa". "Teresita ya está con su hábito... todas gustan de ella... sabe entretener bien en las recreaciones contando de los

indios y de la mar mejor que yo lo contara". La Madre la lleva consigo a algunas fundaciones; le guarda las joyas que trajo de Quito: las admira, sabe valorarlas y sufre ante una posible pérdida: "No parece el *agnusdei* grande de Teresa, ni las sortijas, ni las esmeraldas, ni yo me acuerdo dónde las puse".

Los ojos negros de Santa Teresa, "redondos y bien puestos", saber mirar lo inabarcable de Dios y saben encontrarlo en cada obra, en cada novedad, en todo cuanto llega del otro lado del mar. Se quedan admirados ante unos cocos americanos: "es cosa de ver". "Las hermanas se holgaron mucho de ver el coco y yo también". Los encuentra "muy aliñosos". Y cederá al Padre Provincial el honor de partir durante la recreación uno que le han mandado expresamente a ella: ¡toda una fiesta comunitaria! Espléndida para con sus amigos y bienhechores, se reserva uno de los mejores cocos para enviarlo como especialísimo regalo a la noble Doña Luisa de Cerda.

Santa Teresa va haciéndose también a su "farmacia americana" y se convierte en propagandista de aquellos productos que beneficiaron su salud quebrantada: las pastillas de ANIME, de gran provecho para "las reumas"; la CARAÑA fabulosa para muchas cosas, se ha hecho imprescindible aún entre las monjas y es solicitada con afán; la CATAMACA (tacamaca) es otro producto codiciado, lo mismo que otras yerbas con las cuales hace sahumeros de eficacia reconocida. También las ESPECIAS y las PATATAS que le envía la priora de Sevilla, son recibidas con inmensa alegría por la comunidad.

A estos beneficios de América, Santa Teresa respondió con suma generosidad: en los envoltorios que envía a Indias vienen reliquias, escapularios, imágenes. Con su hermano Pedro envió una Inmaculada que aún es objeto de especial veneración en Nicaragua. Al morir, se le quedó lista una Virgen del Carmen; las monjas aprovechan el viaje del ermitaño Juan de Cruz para enviarla. Se encuentra actualmente en Guatemala, en donde se le venera con gran amor.

Siete hermanos, el cariño y la oración de Santa Teresa va y viene a lo largo y ancho del suelo americano. Falta ella. En los procesos para su beatificación ha quedado consignada la venida de la santa a América. Concretamente a Quito, en donde reside Don Lorenzo. Es una escena humana y tierna: la familia

está junto al fuego; quizá una india tiene en sus brazos al pequeño Francisco. El mayor, Lorenzo, está junto a sus padres. De improviso aparece la santa, los mira, escucha su conversación, los contempla largo rato con inmensa ternura, los bendice y se despide de ellos. Hacía días no recibía noticias de sus hermanos ausentes y pidió al Señor permiso para visitarlos. Se trata, pues, de una gracia especial. Real o no, el relato nos deja gustar una dimensión del alma teresiana y nos deja en el suspenso admirativo y pleno de emoción que embargó a esta feliz familia. De nuevo volverá a recoger el último suspiro de Agustín y a negociar la salvación de este hermano travieso.

Es una constante dentro de los designios divinos, hacer que muchas cosas aparentemente inconexas converjan a la unidad desde puntos remotos. Quien visita Avila puede contemplar el palacio de Don Blanco Núñez Vela, primer Virrey del Perú, y contiguo a él, el convento y la Iglesia de los Padres Carmelitas Descalzos en lo que fue en otro tiempo la casa de los Cepeda y Ahumada. Teresa y Blasco Núñez: dos abulenses que por caminos diferentes se presentan como representantes de dos grandes movimientos históricos que se van acercando paulatinamente para desembocar en el logro de un mismo ideal: la gloria de Dios.

Mientras Núñez Vela y los hermanos Cepeda y Ahumada se desplazan por las vastas regiones americanas, Teresa se lanza también por toda la geografía española para realizar la magna empresa de Reformadora y Fundadora del nuevo estilo de vida del Carmelo. Una empresa realizada en su momento histórico concreto pero cuya influencia carismática toda hecha de dinamismo renovador se abrió paso por los caminos abiertos por el empeño evangelizador de la España Católica en el Nuevo Mundo. En esta tierra virgen se aúnan la cultura hispana y oración contemplativo-apostólica de Santa Teresa: la florescencia es rápida y abundosa. Y por las íntimas venas del alma americana continúa llegando la savia teresiana con exigencias presentes y fuerza generadora de un futuro que esperamos digno de una humanidad que marcha ineludiblemente hacia su plenitud.

II — EL CARISMA DE SANTA TERESA EN AMERICA

Mientras los hermanos Cepeda y Ahumada se internan por las enmarañadas selvas americanas, Santa Teresa se interna también por los misteriosos caminos de la cercanía de Dios. Ella

misma es un campo donde se libra la batalla decisiva entre Dios y el demonio. El triunfo de Dios es el comienzo de la ascensión definitiva de Teresa hacia las cumbres cimeras de la santidad, y a medida que va entrando en el ámbito divino, se va cristalizando una misión concreta cara a la Iglesia y a la humanidad.

1562. En San José de Avila empieza a vivirse el nuevo concepto de contemplación: oración como diaconía eclesial. El ansia apostólica de Santa Teresa se encuentra encauzada como militarismo a lo divino para defender a Cristo y a su Reino. El pequeño monasterio es un baluarte en donde se custodian los valores espirituales que el luteranismo ha echado por tierra. Allí se vive en función de Iglesia, de unidad, de santidad. En este clima abonado para las gestas sacras, hace su presencia la realidad de América, su urgencia de evangelización y la verdad desnuda acerca de la suerte de los indios. Este informe presentado por el fogoso Fray Alonso Maldonado va a clavarse en las entrañas mismas del celo apostólico de Teresa y del pequeño grupo. Va a concretar el aporte teresiano a su época, a su generación, a su Iglesia, y va a apresurar el alumbramiento que el Espíritu ha ido gestando en el alma de Teresa al calor de favores insospechados.

En la ermita a donde la Madre Teresa se ha retirado a llorar su impotencia de mujer y de monja de clausura frente al panorama americano, tiene lugar la "Anunciación" Teresiana: el Altísimo la cubre con su sombra, y se oye una voz —réplica del "Alégrate, María"—: "Espera, hija, y verás grandes cosas". Como María, Teresa queda grávida de Dios y a la espera de estas cosas grandes. Para Teresa todo se va resolviendo en una llamada nítida a la evangelización; en una misión bien definida: fundar monasterios en donde se viva la dimensión oracional de la Iglesia con sentido eclesial apostólico, e iniciar en la rama masculina del Carmelo la urgencia apostólica como desemboque natural de la contemplación.

A las ansias infantiles de martirio, a las ansias de muerte que la han hecho gemir y agonizar, se impone ahora para Teresa, el ansia misionera. Al "muero porque no muero" sucede la sed de salvar almas saturada de envidia a quienes pueden hacerlo. Una envidia que no se queda en etérea abstracción, sino que pasa a la vida en forma de realizaciones concretas de alcance universal. Basta leer los capítulos 32-36 de la Vida, y 1-3 de Camino, y todo el libro de las Fundaciones.

El Carmelo Teresiano nace, pues, del anhelo contemplativo y del fuego misionero de Santa Teresa. Frailes y Monjas nacen como unidad familiar, como complementariedad humana y carismática y como expresión total del acontecimiento "Teresa de Jesús". Nacen como respuesta eclesial frente a Lutero, a la vez como anticipo y como realización de la reforma preconizada por Trento, y como respuesta a la llamada de los indios americanos. Santa Teresa quiso participar en la evangelización de América. No nos cuenta la santa si deseó venir a anunciar el Evangelio y a salvar a "esos indios que no me cuestan poco". En ella la fe es dinamismo actuante: se fuga a tierra de moros, se fuga para hacerse monja, se fuga para ser Fundadora, y, a no dudarlo, si hubiera estado en sus manos se hubiera embarcado para Indias.

No lo hizo. Compensó esta impotencia existencial con la fuerza evangelizadora de su mismo ser y con la esperanza de ver zarpar algún día a sus frailes rumbo a América. Tampoco tuvo este gozo. No era tiempo. No tenía personal suficiente, y las Leyes de Indias autorizaban solamente a dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas. Algunos de ellos han entrado en la órbita de su carisma, en contacto con su espíritu, con su "Alma", y al partir para Indias se traen lo más puro y esencial de Teresa de Jesús como aguijón de su labor evangelizadora y como preparación a la llegada de los frailes y al nacimiento del carmelo femenino.

Cuatro años después de la muerte de la santa, Felipe II autoriza el paso del Carmen Descalza a Indias. Algo inusitado, pero dictado por la estima grande del Rey a la Madre Teresa y al Provincial, Gracián. La primera expedición llega a México en 1586: conoce una expansión que raya en lo milagroso. Inmediatamente el Rey empieza a recibir solicitudes de los Gobiernos de Guatemala y Perú pidiendo carmelitas. El mismo San Juan de la Cruz se ofrece como misionero en 1591... Los Padres fundan las célebres Doctrinas, muy loadas por quienes las conocen. Muy pronto tenemos en Fray Diego de la Madre de Dios la primera vocación nativa, y en 1600, ante la afluencia de vocaciones, Clemente VIII autoriza la fundación de un Colegio de Estudios en México. Contemporáneamente queda constituída la Provincia mejicana, de donde salen misioneros a Estados Unidos. Con las peticiones, llegan también los informes a España: Gobernadores, Virreyes, Religiosos de otras Ordenes y cuantos regresaban a España testifican de la perfección de vida del carmelo masculino

en América: “trato espiritual, porte exterior, letras, consejo acertado en las juntas de los Virreyes y Arzobispos, celo del servicio de Dios y del Rey, pureza de vida y limpieza de manos de las manchas que la plata y el oro suelen dejar en quienes los manosean”.

Evangelización y perfección evangélica: tal fue la presencia de Santa Teresa en América en la persona de sus hijos. Lástima que las sucesivas expediciones hubieran llegado fuertemente tocadas del problema que se ventilaba en España y que alcanzó las dimensiones que conocemos: ¿Apostolado? ¿Contemplación? Esto incidió en el carmelito americano en forma tan perjudicial, que no solo acabó con cuanto se había realizado, sino que impidió el pleno desarrollo del carisma en suelo americano.

Las Carmelitas Descalzas

Aparecen las carmelitas en América en una forma tan peculiar como interesante. Nacen en el regazo de la Madre y como brote espontáneo de su carisma. Ya se ha dicho cómo la fama de santidad de la Madre Teresa cruzó el océano y cómo ella era noticia en los círculos de la cultura y de la religiosidad americanas. Cómo América es patria de parientes y amigos y cómo han venido religiosos graves que han estado bajo su magisterio espiritual.

Ahora empiezan a llegar los libros de la santa. Por los años en que empiezan a salir de las prensas las obras teresianas, se encuentra en Perú y Chile el P. Valdivia, jesuita, quien declara en su deposición para el proceso de beatificación de la santa: “...que ha leído los libros que dejó escritos la Madre Teresa de Jesús y andan impresos... y ha aconsejado a muchas almas que los lean en las Indias del Perú y en Chile y ha visto notables mudanzas que Dios ha obrado en muchas almas que ha confesado, por esta lectura; y entre ellas un grave religioso de San Agustín que hizo voto de leer cada día un capítulo de los libros... Son venerados (los libros) de todo género de estado en los Reinos de Perú y de Chile y así cuantos llegan se venden luego”.

Como libros espirituales son acogidos y leídos con verdadera devoción en los conventos contemplativos existentes en América. El encanto de la figura de Teresa y la profundidad y elevación de su doctrina subyugan de inmediato a sus lectoras: se desea vivir aquello que se lee, se desea vivir aquel nuevo estilo de vida

trazado por la santa. He ahí el primer germen del Carmelo femenino en América: es la Madre quien comunica su alma y quien recluta las primeras vocaciones americanas, repitiendo un poco el clima de San José de Avila.

La génesis del Carmelo femenino en América es, pues, netamente carismática: en México (1604), en Colombia (1606) y en los demás países americanos los monasterios de carmelitas surgen del contacto con la misma santa y sus escritos. El caso de Puebla de los Angeles es patente: cuatro jóvenes toledanas viven en cierto recogimiento, penitencia y oración. Al conocer el primer libro de la santa traído a América por un Comisario de la Inquisición que desembarcó en Veracruz en 1606, enamoradas del ideal de vida propuesto por la santa, solicitaron a España el envío de monjas carmelitas, petición que solo encontró como respuesta un cerrado hermetismo por parte de los superiores de la Orden, quienes no acceden siquiera al envío de la Regla y Constituciones.

La petición se cursa entonces a Roma, y obtenida la licencia pontificia, se inaugura el primer Carmelo americano. Es la misma santa quien se preocupa del hábito para las carmelitas de Puebla: "Ana, mis hijas las monjas de Puebla, no aciertan con el tocado que yo os dejé: envíales uno y un hábito, porque las quiero mucho". Tal fue el encargo confiado por la santa a la priora de Caravaca, Ana de San Alberto. Ya en vida, la santa había vestido el hábito a la primera carmelita americana —Teresita— quizá confeccionado por ella misma.

Mons. Pólit cuenta un dato precioso: ante la insistencia de las carmelitas de Puebla para obtener de los superiores de la Orden la Regla y Constituciones, el P. General, Fray José de Jesús María les envía una partícula del corazón de la santa. De ser esto cierto, vendría a corroborar lo que se ha dicho que el Carmelo americano no nació en torno a una fría y rígida legislación jurídica, sino que nació del corazón del carisma, y del corazón de Teresa de Jesús.

Al calor de las Obras teresianas nace también el primer Carmelo de Colombia en Santa Fe de Bogotá, en 1606. Doña Elvira de Padilla, la fundadora, es una lectora asidua y una enamorada de la santa; más afortunada que sus hermanas de Puebla, logra obtener la Regla y Constituciones en 1607.

La expansión comienza muy pronto: Mons. Pólit sitúa la fundación en Cartagena en 1608: un monasterio muy vinculado

a la labor pastoral de San Pedro Claver, quien fuera confesor de la comunidad, director de algunas hermanas y predicador en la capilla del Carmelo. Siguen los monasterios de Leiva, Medellín, Cali y Popayán.

Sabemos del florecimiento de las monjas en Argentina, Perú, Ecuador, Bolivia. Es típico el caso de la petición de monjas carmelitas en Lima: la santa goza de una enorme simpatía y fama de santidad; se ha hecho la solicitud de monjas aún al Rey de España muchas veces. Entonces se ve la necesidad de reunir una Junta de lo más granado de las Ordenes Religiosas, cuyos representantes se expresan con no fingida solemnidad. Veamos, por curiosidad, algunos apartes de sus ponencias:

El Provincial de Santo Domingo:

“...se pueden esperar muchos aumentos espirituales (de la fundación) y de sus continuas oraciones grandes medros para esta República, ni es bien carezca de este culto y religión este Reyno”...

El Comisario General de los Franciscanos:

“...las Madres no tendrán más que acudir que a darse al ejercicio del espíritu en que se funda todo lo hermoso de este Instituto Santo, que con atender a que tengan buenos maestros de espíritu, con que se hará una comunidad grata a los divinos ojos”...

El Vicario General de los Mercedarios:

“...obra tan pía debe ser estimada y aplaudida de todos los que desean que nuestro Señor sea servido y en esta causa lleva también gran parte la afición y devoción a la Santa Madre Teresa de Jesús”.

Fray Juan Altamirano:

“...en este Reyno tan dilatado y ciudad tan populosa como Lima donde se carece de este bien y es donde tanto se ha declarado la devoción que a Santa Teresa y su Instituto se tiene”...

Francisco de Contreras, S. J.:

“Será de gran lustre desta República que haya un almacejo de santas Religiosas que rueguen a Dios por ella y no falte a este Reyno el decoro que se halla en el Reyno de México y en otros de tener conventos de la Santa Madre”...

En todo esto se percibe un fenómeno casi constante: las jóvenes que van conociendo los escritos teresianos, acuden a los monasterios contemplativos a solicitar orientación espiritual, consejo y formación. Aún se da el caso de un monasterio mexicano formado por un grupo de concepcionistas que optaron por la vida del Carmelo a raíz de la lectura de Santa Teresa.

Muy más lenta aparece la expansión del carmelo femenino en Norteamérica: solo hacia 1790 se funda el carmelo de Baltimore, pero la expansión actual data de 1863.

A la luz de los datos expuestos, puede verse cómo Santa Teresa y su carisma en su triple expresión: contemplación, magisterio espiritual y misionerismo, pasaron a América. Monjas, Padres y Misiones son las tres modalidades de una misma presencia carismática y de una sola unidad familiar. Son hitos del acontecimiento "Teresa de Jesús" en constante peregrinaje, hacia el Misterio, en afán de autenticidad y concretez, en caminar urgido por el nunca acallado dinamismo teresiano hacia nuevas conquistas y nuevas claridades, en batallar transido de humilde reciedumbre en pro de los intereses de Cristo y de su Iglesia, y en locura de místicos enamorados a quienes "solo Dios basta".

El Carmelo de América sigue escrutando la persona y el pensamiento carismático de Teresa de Jesús para situarse adecuadamente en el contexto actual y para realizar y expresar su compromiso eclesial americano hoy. Sabe que tiene un sitio en el continente de la esperanza, y que tiene una misión ineludible que cumplir frente al "deseo de interiorización y de profundización en la vivencia de la fe, y frente a la convicción de que sin el contacto con el Señor, no se da una evangelización convincente y perseverante; una misión frente a la búsqueda de la oración en sus diferentes expresiones y una misión específica frente a la necesidad imperiosa de cultura espiritual en línea teologal, base de la única liberación del hombre y de los pueblos. Medellín y Puebla, es decir, América con toda su dramática y difícil situación de alumbramiento de un futuro más digno de sus hijos, necesitan al Carmelo Teresiano: necesita de la fuerza escondida de la contemplación como aporte certero e iluminador de las vías del progreso, y de la realización plena de individuos y pueblos; necesitan de la palabra eficaz, del testimonio evangélico y de la orientación espiritual del carmelita; y necesita del aporte mi-

sionero de todos, entendido con Puebla, como vida por sí misma evangelizadora y como ayuda concreta al pobre, al marginado, al alienado de nuestra sociedad actual.

“Esos indios no me cuestan poco”, dijo Teresa en el siglo XVI. “Esos pobres, explotados, angustiados, torturados; esas víctimas de la violencia, del secuestro organizado, esos gamines, esos jóvenes desorientados, esos campesinos sin tierra, esas víctimas del desempleo no me cuestan poco” debe ser el gemido espontáneo de la contemplación de cada monja carmelita en cuya sensibilidad de orante tiene que tener cabida todo esto, a menos de que haya renunciado a su filiación teresiana y a su responsabilidad de americana.

Hermanas: “¡Estáse ardiendo América (Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Colombia) ! Quieren tornar a sentenciar a Cristo, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo... no se me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden... ¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayúdame a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones... no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor”.

Teresica de Indias.